

Recuerdos de Gutiérrez Solana

Un indiferente despacho cablegráfico, al anunciar la muerte de José Gutiérrez Solana, dijo de él, en dos líneas, que era “considerado por muchos críticos como el mejor pintor contemporáneo español”. Lo fué, sin duda, pero sólo ahora podrá gozar de la gloria de que no disfrutara en vida.

En verdad, la fama poco parecía importarle. Cazurro y provinciano, Solana hacía pintura con desdén del reconocimiento oficial. Nada puso de su parte para que su obra hallase aceptación. Cuando una vez fué a exponer a París, llevó las telas enrolladas en el baúl (que llamaba cofre) junto a una provisión de quesos y chorizos de la Península con que suplir las deficiencias del hotel (que llamaba fonda). En el Salón clavó los cuadros con chinchas en las paredes y se puso a esperar el público. Lo contó después en una comilona que le dieron los amigos españoles: “El primer día no fué nadie y al día siguiente fué uno, pero era negro...”

En su pintura Solana era igual que en sus relaciones sociales. No buscaba halagos ni los prodigaba. Hacía pintura religiosa con el mismo respeto por el tema que el que demostró sentir Goya por la familia de Carlos IV. Conservador y regionalista en su apego al coñac de Jerez, al vino de Valdepeñas, a los chorizos de Rioja y al queso manchego, pintó la España tradicional con una pasión de necrófilo. Todo lo regresivo, caduco e insepulto que a fuerza de garrote aún se llama español, lo registró Solana en su obra plástica. No eludía el tema —lo pintaba sin adornos. En sus cuadros no faltan militares, guardias civiles, sacerdotes ni imágenes sagradas. Pero carecen de gloria y se ven retratados en su aspecto más chabacano, grotesco o ruín. Veamos a los militares: en la Plaza Mayor, diciéndoles piropos a las chicas. Veamos a la Benemérita: junto al cadalso, sujetando a un español mientras un fraile le prepara a una vida

mejor que la que el rey supo darle. Veamos a Su Ilustrísima: su pomposo atavío no basta para disipar las tinieblas del hogar donde vegetan los beatos que honra con su visita. Y veamos a las torturadas imágenes: no parecen brindar consuelo a los párvulos con hidropesía craneana que a ellas acuden. Añadamos a todo esto interiores de burdeles, arrabales hediondos, barberías iluminadas a gas, capeas de pueblo —la aterradora España Negra, no de leyenda extranjera sino real y preferida de esos militares y prelados, y comprenderemos el valor esencial de la obra de Solana, su rebeldía de artista contra la cochambre, que pintores más ilustres prefieren ignorar. Y comprenderemos también por qué el ricachón santanderino que iba a comprarle a Solana un Cristo, desistió del propósito una vez asesorado por su cónfesor.

La Guerra Civil sorprendió a Solana en Madrid. A fines de 1936 fué evacuado a Valencia e instalado junto a otros artistas, escritores y sabios en la "Casa de la Cultura". El gobierno republicano hizo lo posible para salvar a los intelectuales españoles del peligro y sufragaba todos los gastos de su refugio levantino. Después del primer bombardeo del Museo del Prado, los cuadros de Solana fueron puestos en seguridad junto a las telas de Goya y Velázquez. El artista estaba agradecido al miliciano que dirigió el traslado y quiso mostrarle su adhesión y fervor por el régimen. En medio de un puente, sobre el Turia, le dijo con su habitual cachaza: "A uno le gustaría pintar cuadros de milicianos. Porque son valientes. Les he visto asaltar el cuartel cerca de mi casa y no tenían armas. Los otros, adentro, tenían ametralladoras. Y estos no tenían nada. Pero eran valientes". A los pocos días el entonces Director General de Bellas Artes le refería al mismo miliciano otras palabras de Solana sobre el mismo tema: "Uno pintaría cuadros de milicianos, pero si uno les pinta como les ha visto, a lo mejor le fusilan a uno..."

Hizo cosas peores. Sus cuadros, penosamente salvados por la República, los mandó a la primera oportunidad a la Exposición Bienal de Venecia, al país enemigo. La noticia de esa traición produjo, sin embargo, más risa que cólera, pues ¿quién po-

día tomar en serio a Solana como ente político? Y quedaba el consuelo de pensar que así se les brindaba a los italianos la ocasión de ver en colores naturales la esencia del Imperio que tantas fugas les estaba costando.

Después de la guerra Solana volvió a sus lares. Se esfumaron los chorizos, desapareció el queso manchego, pero quedaba la contemplación de un vastísimo osario, honra y prez de la Más Negra España. No conocemos su obra de los últimos años, pero Erruntamos algún que otro cuadro con tufo a muerto, pintado al natural. Como cuando hizo en Valencia unas autolitografías con un representativo aspecto de la "defensa de la civilización cristiana": casas en ruinas, cadáveres desparramados, deudos abrumados de dolor. El litógrafo preguntó al maestro cómo debía iluminar el dibujo y Solana respondió con naturalidad: "A los vivos póngalos usted más encarnados y a los muertos más amarillos..."

Solana murió en Madrid, hoy capital fascista. Salió de una ciudad de valientes indefensos para volver a un burgo de usurpadores armados. Una vez fué despedido con banderas rojas, ahora el buitre del escudo imperial bate las alas sobre su tumba. La España Negra fué la inspiración de su pintura. Su muerte será inspiración para aquélla.